



CRONICA DE LO QUE PASA

Fraga y la jubilación universitaria

EMILIO ROMERO

La jubilación de Manuel Fraga, como catedrático de la Universidad de Madrid, por cumplir los sesenta y cinco años, ha tenido la repercusión de una última lección magistral, teniendo a su lado al rector de la Complutense y al decano de la facultad, la presencia de los más altos dirigentes del partido político al que pertenece, una sala atiborrada de estudiantes, y después una veintena de jóvenes imbéciles intentando acabar aquello con sus provocaciones. Manuel Fraga habló sobre la ciencia y la práctica de la política y en algunos momentos fue invadido por la emoción. Era el tema que se correspondía con un hombre que está haciendo las dos cosas: la ciencia de la política, como catedrático, y la política como actividad. Estas dos manifestaciones se han reunido en algunos personajes de la historia española, y hay que convenir que han constituido un asunto difícil, porque el profesor ese crítico, tienen rigor intelectual, mientras que la política está obligada a la escenificación, y en ocasiones a las banalidades o a los comportamientos deplorables. Los profesores han luchado en la política, pero sus destinos no han sido fulgurantes. El viejo socialismo tuvo tres profesores eminentes, como fueron Julián Besteiro, Luis Jiménez de Asua y Fernando de los Ríos, y el liderazgo se depositaba en el periodista Indalecio Prieto y en el obrero Francisco Largo Caballero. La derecha tuvo también en aquel tiempo un profesor ilustre, que fue José María Gil Robles y su destino fue dramático o decepcionante, porque no consiguió la alternativa política a la izquierda en una democracia estable, ya que la república fue una gestación de la revolución. En el siglo XIX pasó otro

tanto. Las diferencias tremendas, en los marcos intelectuales o de la cultura, entre Manuel Fraga, Felipe González se llevaron el gato al agua porque tenían sobra de escenificación política y no hacía falta el rigor. Manuel Fraga, finalmente, se fue a ese exilio brillante de Estrasburgo, como eurodiputado y ahora se anuncia su regreso a la política nacional mediante su candidatura a presidir la Xunta de Galicia. España pierde a los profesores en la política, a los que hay que suponer que harían mejor el Estado, y pone en primera línea a las vocaciones políticas simples, que llegan más fácilmente a la gente y hasta juega un papel principal en encanto.

Un drama universitario

Este suceso de jubilar a los catedráticos a los sesenta y cinco años es un grave error. La vida humana ha subido sus niveles en el último medio siglo en más de una década, como suceso normal, y los profesores, entre los 65 y 70 años, están en un periodo de maduración, o de consagración, de una enorme importancia. Exactamente han tenido ocasión de estar cerca de los grandes cambios de estos años, a nivel nacional y exterior, se han multiplicado las escuelas de pensamiento, y en los temas científicos o tecnológicos se corre a una velocidad casi parecida a la del sonido. Nuestros catedráticos a los 65 años constituyen en estos momentos aportaciones valiosísimas para la educación de las generaciones que aparecen. Tengo la lista de los jubilados ahora mismo, con cerca de medio centenar en Madrid, y asombra la

ligereza del gobierno para estas jubilaciones. Son personalidades que además de haber tenido un gran prestigio en la cátedra, algunas de ellas, o han prestado grandes servicios al Estado, como tales profesores especialistas, o son científicos o técnicos en actividad y figuran en los escalafones activos del prestigio social. La universidad no puede ser privada de estos hombres abarrotada de principiantes, por mucha teoría meritaria que tengan encima y que lo que abren son periodos de su propia información para repartir más adelante entre sus alumnos. Los casos como el del rector actual —jovencísimo— son raros. Es difícil añadir sabiduría a la juventud, pero la sorpresa y la tristeza aparecen cuando tienen que marcharse profesores cuyo talento y sabiduría son indiscutibles.

La aportación democrática de Fraga

El gran mérito de Manuel Fraga en la democracia española actual es haber congregado a esa realidad evidente de nuestro país, que en términos tradicionales se llama "la derecha". En la España actual sigue habiendo derecha, e izquierda, y también centro. La izquierda aparece ahora dividida y distante entre socialistas y comunistas, y la proximidad del centrismo y de la derecha son evidentes, a excepción de algún centrismo original, como el del CDS que se nutre de ideología tercermundista y está organizado en succionador de izquierda o de derecha decepcionados. Fraga ha sido el gran aglutinador de la derecha en la democracia, y nunca tuvo ninguna

actitud para ir por separado con otras derechas, sino que organizó coaliciones y fue flexible para asumir personas y partidos de escasa relevancia, pero que todo ello era una disposición de reunir, y no de restar, para sumarse a la nueva figura de la democracia europea en la que hay dos alternativas de poder, sin perjuicio de "bisagras" o partidos testimoniales. Manuel Fraga no tuvo fortuna en toda esta buena disposición, porque florecían los protagonismos y los deseos de autonomismo o independencia de sus coaligados, tenían lugar dentro de su partido las querrelas de familia, y ni siquiera la banca, ni la corriente conservadora catalana vasca, se prestaron a ayudarlo en las proporciones necesarias para ese logro de una derecha integrada, aunque con identidades diferentes. Manuel Fraga tuvo la honestidad de marcharse ante estas dificultades insuperables y luego sería repescado por sus fieles como eurodiputado en Estrasburgo. Finalmente, la profunda crisis gallega reclama otra vez su personalidad para otra presencia activa. Manuel Fraga es un profesor, y no es un actor. Tiene más tendencia de servicio al Estado, y al país, que esas otras que se corresponden con los políticos clásicos y que son los que nadan a favor de corriente, con una idea del poder como apropiación, más que como servicio. El destino de Fraga, con estas características, nunca puede ser objeto de cabalías para el pronóstico. Por lo pronto, ha dejado de ser catedrático de la universidad de Madrid, anticipadamente. Y esto no representa ninguna aportación valiosa, sino un error, al estado actual de nuestra universidad.

Monarquía, estado y sociedad

ALFONSO VIGNAU MIRO

He intentado explicar, ignoro si con éxito, alguna vez, que la monarquía —definida en los textos como "forma" y a la vez "representación" del Estado, no agota su función y mucho menos su contribución al bien común en esta atribución de derecho público e internacional, sino que la complementa y en cierto modo la hace posible mediante una suerte de supremacía social. Ambas primicias, que ascienden desde lo profundo de la historia —que es a la vez la de los pueblos y la de esa superación tribal en que vienen a decantarse los linajes y las familias— confluyen al fin en la corona. Un emblema de poder, al cabo, pero que ciñe las sienes, de generación en generación, del más representativo en cuanto a historia privada y dinástica, de nuestros conciudadanos.

La monarquía visualiza así, a través de los siglos, un compromiso entre el Estado y la sociedad, entre lo público y lo privado que

en las repúblicas ha dado paso al predominio del juego político de los partidos. Lo que se proyecta en dos haces luminosos que acaban sumando y complementando sus efectos sobre el plano, siempre cambiante, del futuro. De un lado, del lado público y estatal, haciendo coincidir la suprema representatividad del todo, de otro lado, del lado sociológico, privado y hasta si se quiere "mundano", superponiendo al cometido y la misión oficiales una intención ejemplarizante y a la vez llena de contenido humano.

Se ha hablado mucho de que la corona es la garantía de la unidad de la patria, aunque no se hace bastante hincapié en explicar que esto es así porque el rey, que desciende familiar e históricamente de todas las comunidades autónomas sin excepción, no puede, en tanto depositario de la corona considerarse más que representante y ciudadano del conjunto español.

Agua que no has de beber

VICTOR ALBA

Había oído, de crío, a las criadas cantar un fragmento de zarzuela que decía "agua que no has de beber, déjala, déjala correr..." Lo he recordado estos días, porque en la región costera donde vivo ha habido lluvias torrenciales y las calles que descienden hacia el mar iban llenas de agua, como ríos. Ha habido inundaciones, muertes, destrozos.

Todos los años, dos veces, ocurren cosas similares, unas veces más leves, otras más aterradoras. Los campesinos, los pocos que quedan, llaman a las tempestades de otoño "limpiatoneles", porque vienen después de la vendimia, y a las de primavera "haberas", porque se presentan después de la cosecha de habas. Son, pues, fenómenos habituales.

Pero no se hace nada, con el pretexto que exigiría una inversión desmesurada, que no justificaría el ahorro de los daños que esas tormentas causan.

Pero España está sedienta, y dentro de unos decenios, lo estará el mundo entero. El aumento de población, la erosión, el incremento de industrias grandes consumidoras de agua, amenazan con un futuro próximo en que el agua será tan cara como la electricidad. Parecería lógico que se levantaran pequeñas presas y embalses, para que cuando menos, esas dos tormentas anuales se aprovecharan, para que su agua no se fuera al mar. Pero los técnicos quieren grandes obras, muy costosas, en vez de pequeñas represas municipales de bajo costo. Ocurrió lo que sucedió cuando se construyeron gigantescos generadores y se abandonaron las pequeñas centrales eléctricas de lo que se llamaba "hulla blanca", al pie de los saltos de agua, muchas veces artificiales. Cuando vino la crisis del petróleo, muchas de esas centrales locales volvieron a funcionar, pero se han vuelto a abandonar con la baja del precio del crudo.

Las frases del Día

Ramón Tamames:

«El programa de Izquierda Unida podría haber contribuido a revitalizar el debate, pero va desvaneciéndose ante planteamientos de una vieja izquierda que comporta el lastre de la transición».

Leopoldo Torres:

«No estamos dispuestos a servir de escenario para la promoción comercial de la señora Staller, ni a participar en las actividades artísticas de nadie».

Pedro Miguel Lamet:

«Acuso a Tagliarini y a los sectores más integristas de la iglesia de mi cese».

Alfredo Bryce Echenique:

«No hay libertad sin igualdad; en Perú habría que nacionalizar la libertad».

Carlos Solchaga:

«Una vez que se inicia un proyecto de fusión como el del Banco de Bilbao y Banesto es difícil que se detenga, es imparable».

Nicolás Redondo:

«En la Moncloa y en alguna otra calle de Madrid deben acostumbrarse a aceptar que la dirección de UGT está en San Bernardo, 20».

Jean Pierre Chevènement:

«Europa debe prepararse para la retirada de las tropas de Estados Unidos».

Manuel Vicent:

«Si la religión judeocristiana no hubiera podido el helenismo, nosotros ahora ni siquiera llevaríamos pantalones».

Francisco Herrera:

«La marcha de Ramón Tamames de Izquierda Unida no va a afectar a la coalición ya que no tenía gran dedicación al ayuntamiento de Madrid».

Espartaco:

«El afeitado de los toros es una insensatez».